

Biblioteca-Films

La pequeña Anita

N.º 127

25
cénts.



Mary
Pickford

BEAUDINE, William

Año III

Núm. 127

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

O

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Little Annie Rooney,

1925

LA PEQUEÑA ANITA

...eresantísima novela de amor heroico que tiene
...escenario los barrios misérrimos de Nueva York.
interpretada de un modo sublime por la preciosa
muñeca del mundo

MARY PICKFORD

|Exclusiva



Rambla de Cataluña, 82

Barcelona



ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

I. — Tirios y Troyanos

Estamos en los suburbios de la primera y más populosa ciudad del mundo, la inmensa Nueva York.

Los edificios misérrimos multicolores, las vallas de madera, las empalizadas donde los vecinos tienden la ropa, y los solares donde se amontonan basuras y desechos de todas clases, hacen que este barrio asemeje algo así como restos de un naufragio. Y a fe que, moralmente, restos del naufragio, en el mar de vida, son la mayoría de familias habitantes de estos suburbios: fórmanlas gentes de todas las nacionalidades y de todas las razas. Pero en este barrio no falta la alegría que un numeroso contingente de gente menuda imprime en la vida callejera. Los chicos, como los gorriones, abandonan sus hogares a la hora en que sus progenitores van al taller o a la fábrica, y se quedan en la calle retozando alegremente, o jugando a la guerra a pedrada limpia con menoscabo de los contados cristales de las vecinas viviendas.

¡Qué felices son los chiquillos en aquella libertad callejera, que suele amargar, de vez en cuando, la presencia de algún guardia de seguridad!

Anita Roney y Mickey Kelly son los dos chicos tremendos del barrio. Como si dijéramos, los capitanes de tirios y troyanos.

Ante un grupo de chiquillos de ambos sexos, a cual más sucio y descosido, sentados en el suelo, está Mickey, con un trozo de tiza en la diestra, haciendo una demostración sobre la valla, a guisa de pizarra. Contemplemos a Mickey: aparenta tener doce años; su cabeza es un montón de enmarañados cabellos, su cara es sucia y pícará; lleva un pantalón, que sujeta un tirante cruzado, cuyo color primitivo —el del pantalón—no se puede adivinar a través de los innumerables remiendos y de los numerosos respiraderos, vulgo agujeros, que contiene.

Mickey, después de dibujar, en la valla, un monigote con faldas y con gorra terminada en una borla, escribe debajo: *Esta es Anita Roney. Te quiero mucho.*

El auditorio prorrumpe en una sonora carcajada y, como si esto fuese una evocación, por encima de la valla emerge una cabecita preciosa: frente espaciosa, ojos grandes, vivarachos, y una boquita de almendra... Va tocada con una boina blanca coronada por una borla. Es Anita Roney, quien al aperebir la broma que hacían con su efigie, baja de la valla, agarra un pedrusco, vuelve a su atalaya y, afinando la puntería, después de balancear el brazo lo ha disparado (el pedrusco) a la cabeza de Mickey: las hostilidades estaban rotas.

Un momento después, la pequeña Anita, al frente de sus huestes, y Mickey, capitaneando a las suvas, se baten como leones. Piedras, ladrillos, latas vacías, zapatos viejos, todo vuela por los aires en medio de gritos de triunfo y aves de dolor.

Anita animaba a los suyos, inferiores en número; pero estas arengas no bastaban, y las

fuerzas, mayores en número, de Mickey hacían batir en retirada a sus contrarios.

Desde la galería de su casa, próxima al lugar de la lucha, Jacob Levy, un chico de ojos lánguidos, primogénito de una familia hebrea y admirador de las gracias incipientes de su vecina Anita Roney, contemplaba el desarrollo del combate. Jacob se fundía al no poder ir en ayuda de su amigueta; que bien lo necesitaba, pues ya sus tropas la habían abandonado.

En tan duro trance, Anita se encaramó sobre la techumbre de una casucha y de allí se sumergió en una especie de gruta formada con briquetas de carbón. Y, fortificada, desde su posición continuó sola el combate.

Uno de los partidarios de Mickey hizo señas a sus compañeros, quienes cesaron el fuego y se armaron todos a la casucha donde se había parapetado la heroína. Esta, sorprendida del cese de las hostilidades, se dispuso a salir de su trinchera de briquetas; pero apenas fuera, la bota de montar lanzada contra ella la hizo perder el equilibrio y rodar encima de sus enemigos, quienes en revuelta confusión rodaron también por tierra. Anita, aprovechando la confusión, puso pies en polvareda. Sus enemigos la olvidan para hacer frente al grupo, capitaneado ahora por Jacob Levy, que acude en socorro de Anita.

Esta, al llegar a la esquina, advirtió que no era seguida. Se introdujo por uno de los grandes tubos que allí había y que sirven para la conducción del agua y saliendo por el otro lado echaba piedras al grupo enemigo y se ocultaba en el tubo. Los parciales de Mickey, al advertirse atacados por la espalda, imaginábanse que eran sus propios compañeros los que

por error les apderaban y comenzaron a insultarse unos a otros.

Antes de ser descubierta, Anita volvió a marchar. Llevaba ya algunos chichones; pero se jactaba de haber producido otros muchos.



¡Alto al fuego!

Salió Anita del tubo, dispuesta a buscar otra estratagema y la halló en el acto. Un cochillo de los que sirven para pasear a los niños de pocos meses, estaba sin ocupante a la puerta de una casa. La chica se metió en él, y accionando las ruedas con sus propias manos, se puso en marcha hacia donde la batalla continuaba. Desde su escondite, Anita reanudó el tiroteo con éxito halagador.

Dejemos a los combatientes y conozcamos a otros personajes que han de intervenir de muy diverso modo en este novela.

* * *

El padre de Anita, el guardia urbano Roney, es un hombrón de casi dos metros, imponente como la ley por cuyo cumplimiento vela. Pero Roney tiene más de bueno que de alto. Severo con los que a la ley faltan, tiene un corazón que ni la mantequilla de Holanda. Vedle. Se para ante una puerta abierta; y es que ha oído un llanto infantil. Penetra en la casa y al ver que la dueña está ausente y que un roro, envuelto en pañales, berrea, comprende Roney que el berrón ha perdido el contacto con el biberón, que tiene encima de la cuna. El guardia se lo pone en la boca del mamoncito y vase tranquilo: ese es el guardia Roney.

Este ve en la acera de enfrente, un grupo de jóvenes que parecen tomar el sol.

Entre ellos están Jorge Kelly, hermano mayor de Mickey, principal iniciador de una sociedad de baile, y Frank Roney, hermano de la pequeña Anita, juntamente con otros cuyos nombres no nos interesa conocer.

—Ahí viene «El Araña»—dice uno—. Por lo visto ha cumplido ya sus meses de cárcel.

—¿Y por qué estuvo preso?—pregunta uno.

—Por vender cocaína en los cabarets.

Se acercó al grupo «El Araña», tipo de apache, de unos treinta y cinco años, alto y delgado, viste con elegancia achulada y se toca con gorro de amplia visera. Al llegar miró a los del grupo con desprecio, escupió por el colmillo y saludó:

—¡Hola!... Creía que os habíais muerto... A ninguno se os ha ocurrido venir a verme... ¡Caray, qué amigos!

—Perdona, chico; las visitas son por las mañanas y a esa hora las sábanas se le pegan a uno.

—Tú, «Araña», ¿no conoces a Franck Roney?—interviene Kelly, iniciando la presentación—. Es un buen amigo.

—¿Cómo está usted?—pregunta Roney tendiendo la mano.

«El Araña» retrocede, mide con su mirada al joven que le tiende la mano y contesta despectivamente:

—¡Recuerdos a su papá, el guardia Roney! Y dígame que otra vez... ¡Miau!...

Pasó su dedo índice bajo la nariz y fuése.

—Bueno, chicos—volvió a su idea Jorge Kelly—, me tenéis que ayudar a colocar las entradas para el baile del día 8... ¡Qué señoras vamos a tener!... ¡Estupendas!

—Oye, Jorge, ¿por qué no vas a ver al hebreo Levy? El podría en su tienda colocarte muchas entradas... Es un tío que presentándole el asunto en forma de negocio... pica.

En aquel momento el guardia urbano Roney se dirige al grupo. Al verle, su hijo Franck se escabulle. En el mismo momento una vieja, parienta de uno de los jóvenes, llamado Tony, llega a pasar cargada con un gran cesto.

—Tony—suplicó la vieja—, ayúdame a llevar este cesto a casa...

—Déjeme usted de cestos y de cuentos.

—¿Qué manera es esa de contestar, Tony?—repréndele el guardia Roney.

—No se meta usted en mis asuntos, guardia. Llevaré el cesto porque me da la gana;

pero no porque me lo manda usted, ¿eh?...
Qué conste!...

Y se alejó mientras sus compañeros sonreían burlonamente.

Jorge Kelly también se fué silbando una canción de moda, en dirección de la tienda del judío Levy a quien va a suplicarle se quede cierto número de entradas para el baile que organiza.

Primero el hebreo se negaba pretextando que él era viejo y no asistía a ninguna fiesta.

—Puede usted—le contesta Kelly—regalarlas o venderlas... Usted hoy me hace un favor y yo le hago otro mañana. Por ejemplo, si alguien quisiera perjudicar a usted sabiendo que tiene usted dinero, yo podría influir entre quienes pensarían introducirse en su casa...

Comprendió el viejo la amenaza, tomó las entradas y las pagó.

* * *

Volvamos a los beligerantes. Sigue la batalla más encarnizada. Uno de los proyectiles, un ladrillo, fué a dar a la cabeza de un caballo que arrastraba un carro cargado de frutas. La pobre bestia se espanta y desboca con peligro de los transeúntes y con pérdida del cargamento que se desparrama por la calle.

Los combatientes se espantaron también y huyeron como bandada de espantadizos gorriones.

Anita se escondió tras las maderas mal unidas de la valla, y allí, justamente, se hallaba Mickey.

—Oye, tú, mocosa—le dijo el chico arre-mangándose—, ¿en dónde quieres que te plan-te el primer puñetazo?

—¿A mí?... ¡Vamos a verlo!—. Y Anita se puso en guardia.

Y sin esperar que se cumpliera la amenaza de Mickey, le dirigió un directo en mitad de las narices, al que contestó aquél con otros golpes más o menos científicos.

Proseguía el «match» con menoscabo de las narices de ambos, cuando Jacobo Levy llegó a asomar las suyas al «ring».

En aquel momento la madre de Jacobo le llamaba desde la galería.

—Espera, mamá—contestó él—; estoy muy ocupado.

Y corrió en ayuda de Anita, que seguía agarrada con Mickey.

Mal hubiese acabado la niña si no llega a presentarse el hermano de Mickey, Jorge Kelly, que los separó.

—¿A qué viene esto?

—Ha empezado él—contestó Anita.

—Porque tú me apedreaste antes—contestó Mickey.

—Porque tú te burlas de Anita—terció Jacobo Levy.

—Basta—se impuso Jorge—. Y tú, Mickey, ¿no te da vergüenza pegarte con una mujer?

—Eso no es una mujer... es un gato rabioso.

—¿Un gato, verdad?... Ya te lo explicaré después con mis uñas.

—Vaya, fuera disputas... A casa, Mickey... Y usted, señorita, ¿no le da vergüenza reñirse con los chicos y ya pronto va usted a tener novio?

Fuéronse Mickey con su hermano, Jacobo a su casa, pues su madre le estaba voceando hacía rato, y Anita a la suya murmurando:

—¡Cuando tenga novio!... Pero como yo

no quiero tener novio... A mí no me gusta ningún chico.

II.—*Conferencia internacional de Reparaciones*

Anita prepara la cena. Próxima a cumplir catorce años y huérfana de madre, ella debe ocuparse de los quehaceres del hogar, a los que le ayuda una vieja que viene una hora cada día. Pero Anita hace de cocinera y ama de casa... Y aún le queda tiempo para pelearse con los chicos cada día.

Mientras Anita se da maña para tener lista la cena antes de que llegue su padre, éste se encuentra con el hebreo Levy, padre de Jacobo.

—A propósito, señor Roney...—Aquí el judío hace un relato de la visita que le ha hecho Jorge Kelly ofreciéndole entradas para un baile que él ha debido tomar, casi coaccionado.

—Deme esos billetes. Yo me encargo de arreglar este asunto.

Llegó el guardia a su casa. Su hija Anita le saludó cariñosamente. Un instante más tarde, llegó también Franck y Anita les sirvió la comida. Terminada ésta, el guardia se sentó en un sillón y se puso a leer el diario, mientras su hijo Franck se fué a vestir, disponiéndose para salir con su amigo Jorge Kelly.

—Oye, Franck, ¿te vas a vestir o me vas a ayudar a fregar los platos?

—Mujer, ya te ayudaré otro día... ¿No ves que tengo prisa? Anda, límpiame los zapatos.

Anita entra en el cuarto, se apodera del frasco de betún líquido y con el pincel mojado en el betún, amenaza a su hermano.

—Mujer, que me vas a manchar.

La advertencia llegó tarde porque el pincel había alcanzado la blanca pechera de Franck.

—¿Ves qué bromas tan tontas? ¿Qué camisa me voy a poner ahora?

—Te cortaré el pedazo... O si quieres, te pones el chaleco, que te lo tapará.



—*Todo lo vamos a arreglar; todos estos chicos van a pagar la fruta a plazos (pág. 14)*

Y para desenojarle le enlustra los zapatos con tal arte, que cogiendo la pierna de su hermano con fuerza le hace caer de espaldas al suelo.

Cuando Jorge Kelly llegó a buscar a su amigo, el guardia le habló así:

—Hombre, Jorge, precisamente quería haberte... Sé que has ido a casa de Levy...

—¿Se lo han dicho ya?... Para ofrecerle unas entradas para un baile.

—Por las que le has extorcido diez dólares.

—Señor Roney, eso no. Yo se las he vendido.

—Con amenazas...

—Diga usted que ese tío es un judío y...

—Basta, toma tus billetes y dame los diez dólares.

—Tome, tome; por eso no hemos de reñir.

Y Jorge le devolvió los diez dólares.

—Y ahora, Jorge, procura no olvidar las palabras que te voy a decir: Vas por mal camino, es decir, por el camino de la cárcel... Tú no eres malo, pero te dejas guiar fácilmente por personas malas...

—Señor Roney, ¿sermones a estas horas?

—No, amigo, tú sabes que yo te aprecio y...

—Déjese de monsergas...

—Está bien. Pero te prohíbo que mi hijo Franck vaya contigo.

Anita oía que su padre reñía a Jorge Kelly y fué a donde estaban. Al ver al guapo mozo que se enfurrufiaba, Anita se acercó a él y le dijo sonriente:

—Toma, Jorge, un caramelo.

Kelly desenvuelve el chupete y se lo mete en la boca.

El guardia prosigue su sermón. En una pausa, Anita, para distraer al joven que se entristece, vuelve a llamarle la atención sobre ella.

—¿Has visto mi mano?... Me han dado unos arañazos...

Jorge sacó una cajetilla, tomó el último pitillo que quedaba y echó a un rincón el envoltorio.

El padre de Franck terminó con estas palabras:

—Tú puedes hacer lo que te dé la gana, ir donde quieras; en cuanto a Franck, se quedará con su padre...

—Pues que le aproveche—murmuró Jorge Kelly, yéndose y rubricando su mal humor con un portazo.

Franck quedó afligido, y mientras su padre le argumentaba sobre la honradez, Anita recogía del suelo la cajetilla arrojada por Kelly, y se retiraba a la cocina murmurando:

—¡La verdad es que Jorge es muy guapo!

* * *

Anita está en la cocina acabando de fregar los platos cuando oye un ruido en la escalera de su casa. Por los lloriqueos y exclamaciones colige de qué se trata.

Entra en casa del guardia Roney, Levy a quien su madre trae cogido por la oreja; a Mickey lo hace entrar su madre a puñetazo limpio; al negrito Tom, le acompaña, en igual forma, un respetable miembro de su familia... En una palabra, todos los combatientes callejeros se reúnen en casa de Roney, y tras ellos, furioso, penetra un individuo con ademán poco tranquilizador: es el dueño de la fruta desparramada por el caballo desbocado por culpa de los chiquillos guerreros.

—Anita fué la que empezó—dice uno.

—Y la que volvió a apedrearnos por la espalda—añade otro.

—No, que fué Mickey.

—No es verdad, fuiste tú.

—No, que fué Anita.

—Basta—gritó el guardia—. Todos sois de

la piel del demonio. Anita—voceó Roney—, ven.

Anita, sin apresurarse, pues ya comprendía lo que se le venía encima, se dirigió al comedor.

—¿Qué quieres, papá?... ¡Oh!... ¡Cuántas visitas!... Muy buenas noches, señores.

—Buenas noches—responde la voz del frutero.

—¿Quieres explicarnos, Anita, qué ha pasado esta tarde?

—¡Ah!... Pues... nada de particular... Este —y señala a Mickey— pintaba un mamarracho diciendo que era yo... Entonces yo le tiré una chinita... Estos vocearon, un caballo se espantó... Mira, papá, toda la culpa la tuvo el caballo...

—No es verdad, no es verdad, tú echaste un ladrillo a Mickey...

—No es cierto, que fué él.

—No, que fuiste tú.

—Embustero.

—Callaos. Está visto que no sacaremos el agua limpia.

—Todo lo vamos a arreglar—dijo Roney—, todos estos chicos van a pagar la fruta a plazos, quitándolo de sus golosinas. ¿Le parece a usted bien?

—Bien me parece—asintió el frutero.

—Haz un recibo, Anita, y lo firmaréis todos comprometiéndolos a pagar cada domingo unos centavos.

Anita escribió el compromiso y lo firmó, imitándola los beligerantes.

Cuando todos se retiran, Anita hace señas a Jacobo Levy, su admirador y vecino, y éste la sigue a la cocina.

—¿Quieres, Anita, que te ayude a secar la vajilla?

Y el chico se pone a ayudar a su amigueta. Pero se molesta bastante cuando Anita, con gran ingenuidad, le cuenta que había estado en su casa Jorge Kelly, el joven más guapo del barrio.

—Recuerda, Anita, que es hermano de Mickey.

—Pero es muy guapo... Además, él me trata con finura, pues siempre me llama «señorita».

—Bueno, adiós, Anita... que en casa me reñirán si hago tarde.

Un momento después Anita se fué a la cama. Un pensamiento impedíale conciliar el sueño: ¡Qué guapo es Jorge Kelly!

III. — Fiestas y lágrimas

Anita y Mickey conversan a la puerta de la casa de la primera.

—Podríamos idear algo, Mickey, para pagar de una vez la fruta al señor Karr.

—¿Qué podríamos idear?

—Podríamos hacer el domingo una representación teatral en el solar del mismo señor Karr... Haciendo pagar por la entrada cinco centavos.

—¿Y los trajes?

—Con cosas viejas de casa se arreglan.

—¿Y qué drama vamos a representar, Anita?

—Nada de dramas... Una película, tonto... Eso gusta más a los chicos.

—¿Y quién la va a inventar?

—Yo. Verás... En un pueblecito de California ha llegado una maestra joven y guapa. Un

tío sinvergüenza—ese serás tú, Mickey—, la quiere raptar... Pero llega el sheriff—yo haré ese papel porque tengo mal genio—y salva a la maestra... ¿Te gusta?

—Todo muy bonito; menos eso de que yo haga el papel de sinvergüenza.

—Pues tienes que ser tú.

Aquel mismo día Anita y Mickey tenían ya escogido el elenco artístico. La propia Anita escribió el cartelón:

¡ ATENCION !... ¡ ATENCION !

Mañana, domingo, a las tres y media de la tarde, gran función por afamada «troupe», a beneficio del frutero Karr y de su caballo. Se representará EL SHERIFF Y LA MAESTRA. Se suplica al público que se traiga los asientos.

Llegó la hora de la representación. Toda la chiquillería del barrio ocupaba el solar. En una próxima caseta se visten los artistas. Da principio la representación.

Jacobo Levy, vestido con un levitón y cubierto con una sombrero hongo, hace de «regisseur» explicando el argumento del cine-drama que se va a representar.

Sale la maestra y se sienta leyendo un libro. De pronto un joven corrido—Mickey—la requiere de amores. Quiere besarla; ella grita. Llega el sheriff—Anita con bigote y todo—en un caballo de madera...

El público grita porque el caballo no es de carne. Un espectador arroja un tomate que se va a estrellar en las narices del sheriff. Anita, disgustada, se dirige con los puños cerrados, buscando al autor del tomatazo... Todos gritan:

—¡ Un caballo !... ¡ Un caballo !

Vase Anita y, mientras tanto, una bailarina, una negrita, baila un kake-walck.

El frutero Karr presta su caballo al sheriff.. que vuelve a salir a escena en un caballo de carne. Los aplausos espantan a la bestia, que emprende un trote con gran pavor de Anita.



—¿Quieres, Anita, que te ayude a secar la vajilla?
(pág. 15)

Y cuando, después de la vertiginosa carrera, vuelve el animal a la cuadra, Anita recibe tal golpe en el marco de la puerta, que cae al suelo. Dos hombres acuden a recogerla, uno es el frutero, otro es Jorge Kelly.

—Vete a casa, chiquilla—ordena éste—; si sigues tan revoltosa no te voy a querer.

Así acabó aquella fiesta.

El «Gran Kelly» es un almacén que Jorge Kelly tiene en alquiler para explotar el negocio del baile. Cada domingo se reúnen allí, pagando un dólar, los jóvenes más corridos del barrio y las muchachas de conducta más dudosa. Estas tienen entrada gratis.

Aquella tarde dominguera Tony, compinche de Jorge Kelly, entra en la sala dando el brazo a una vistosa muchacha llamada Olga. Esta flecha con su constante mirar a Jorge Kelly.

Poco después llega «El Araña» llevando del brazo a una «explotada» llamada Kety. Quiere «El Araña» entrar sin pagar; pero los porteros le detienen.

—Soy amigo de Kelly.

Llega éste y manifiesta a su amigo que no puede entrar sin billete. «El Araña», enfurruñado, paga su entrada, pero jura vengarse de Kelly.

Un momento después, el grupo de amigos de Jorge, juntamente con éste, están reunidos en un palco. Tony y Olga forman parte del grupo. De pronto ésta se dirige a Kelly:

—¿Puedo yo bailar con este... pimpollo?

Kelly, sin contestar, la coge del brazo y ambos se arrastran al torbellino de la danza.

Tony rechina los dinetes y «El Araña» halla una ocasión única para lanzar al amigo de Olga contra Jorge. A fuerza de burlas y cuchufletas, logra «El Araña» que Tony se levante para ir a recoger a su hembra.

—Toma mi revólver Tony—le dice «El Araña».

El joven, que se cree objeto de un sarcasmo, guarda el revólver y se va directamente a donde Kelly bailaba con Olga.

—Tú, aquí conmigo—ordena Tony, cogiendo del brazo a la mujer.

—Esta baila con quien ella quiere—replica Kelly—. ¿Lo oyes?

—Eso no me lo dices en la calle.

—Sal.

Se adelantó Jorge Kelly. Cuando llegó a la puerta de la sala, sonó un disapro. Al mismo tiempo un guardia urbano caía a la puerta del baile atravesado el corazón por una bala. Jorge Kelly, al verlo caer, quedó clavado al reconocer al caído: era Roney, el padre de Anita.

En un abrir y cerrar de ojos no quedó nadie en la sala; sólo Kelly acudió en auxilio de Roney.

Un minuto antes, el guardia, hablando con el portero del baile, le decía:

—Voy a casa... Hoy es mi cumpleaños y mis hijos me esperan para obsequiarme.

En el momento que empezó a andar, después de despedirse del portero, sonó el disparo y Roney quedó muerto.

Anita esperaba a su padre con impaciencia. Aquella tarde celebraban el cumpleaños del padre amante. Sobre la mesa ha puesto Anita todos los obsequios que le han traído los vecinos y entre ellos un soberbio pastel.

Llaman a la puerta. Anita se esconde debajo de la mesa... Pero ¡oh sorpresa! en vez de su padre tiene delante a uno de sus compañeros, serio, inmóvil.

—¿Qué desea usted, señor?... ¡Espero a mi papá!

—Tu papá no vendrá...

—¿Pero qué ha pasado?

—Le ha ocurrido un accidente.

—¿Muerto?... ¡Dios mío, qué desgracia!

Hay situaciones en la vida que no se pueden describir con palabras. Las lágrimas del triste mensajero son indicio de que Anita no se equivoca: su padre ha muerto. Cae en una silla sumida en profunda desolación.

Cuando llegó Franck conociendo ya la triste suerte de su padre, se abrazó a su hermanita y juntos dejaron correr las lágrimas: único consuelo de los afligidos.

IV. — *La Ley de Talión*

Tony y Olga, que va cogida de su brazo, van hablando en voz baja:

—Quiero que te marches, Tony, que si llega a saberse que fuiste tú...

—Calla. ¿Cómo quieres que me marche sin dinero? Ahora voy a ver a «El Araña» por si me presta el dinero que necesito para irme a Boston.

V así conversando llegaron a un cafetucho donde, sentado en apartada mesa con Kitty, esperaba «El Araña». Tony y Olga se sentaron a su lado.

—Te esperaba, Tony.

—Y yo, «Araña», rabiaba por verte. Quiero que me ayudes a marchar de Nueva York. Me debes prestar cien dólares, y si no los tienes me debes ayudar a buscarles antes de que la policía llegue a conocer al autor del disparo.

«El Araña» se echó a reír y exclamó:

—¡No seas cateto!... Si huyes te cogen. La policía conoce quienes estaban en el baile. Del momento que uno de nosotros huyese, se considera culpable. El mejor medio de disimular es quedarte aquí sin temor.

—Quizás tengas razón.

—Escucha...

«El Araña» acercó su boca al oído de Tony y pronunció unas palabras que no podemos oír... Un momento después se despedían de las mujeres y salieron solos.

Franck, el hijo del difunto Roney, soñaba en la venganza... «¡Ah!...! Si yo conociera al autor de la muerte de mi padre!», pensaba a menudo.

Rumiando en su mente estos pensamientos iba, cuando topó en la acera con Tony y «El Araña», a quienes manifestó el estado de su ánimo. Ambos se condolieron hipócritamente de su desgracia y se le ofrecieron para cuanto necesitase.

—Yo sé quien es el autor de la muerte de tu padre—aseguró Tony.

—Y yo también—afirmó «El Araña».

—¿Quién?... Decídmelo si no...

—Jorge Kelly—afirmó Tony.

—¿Jorge?

—Sí, ese mismo amigo Kelly. Habíamos tenido unas palabras por una tontería a causa de Olga, entonces él se enfureció y en el momento en que tu padre iba a separarnos, Kelly sacó un revólver y le atravesó el corazón.

Franck rugió de cólera y «El Araña» añadió:

—La mejor prueba es que vimos a Kelly arrojar el revólver en el sumidero, frente a la tienda del judío Levy.

Franck, uniendo cabos, halló esta explicación: Mi padre sermoneaba a Kelly, a quien molestaban sus advertencias. Pero Jorge, rencoroso, ha querido vengarse de una vez.

—¡Le mataré, le mataré!

Y con esta obsesión Franck Roney dejó a sus amigos y fuése a su casa.

En un cajón de la cómoda guardaba el revólver de reglamento de su padre. Lo buscó. Estaba cargado y se lo puso en el bolsillo.



El frutero Karr presta su caballo al sheriff (pág. 17)

—¿Qué haces aquí?—preguntó Anita, que vió preocupado a su hermano.

—¡Yo le mato, Anita, yo le mato!... ¡Mal amigo!

—¿Qué te pasa?

—Quiero que tú lo sepas... Tony y «El Araña» me acaban de asegurar que el autor de la muerte de nuestro padre es Jorge Kelly.

—¡Imposible, Franck, imposible!

—Yo le mato.

—Te digo que no puede ser—y al decir esto, Anita quería retener a su hermano, que pugnaba por irse.

Por fin Franck salió a la calle sediento de venganza.

No hacía media hora que Franck había salido cuando llamaron a la puerta. Anita fué a abrir y retrocedió espantada:

—¿Tú?... ¡¡Jorge!!

—¿Qué te extraña, chiquilla?

Con gran ingenuidad Anita contó al joven lo que le había contado su hermano.

—Pero ¿quién le ha dicho esto?... Esto es falso... Te lo juro, Anita...

—Sí, Jorge, júramelo.

—¡Te lo juro!... ¡Que Dios me castigue si no digo la verdad!

Sintió Anita renacer toda su simpatía y comprendió que debía evitar una catástrofe.

—Esto se lo han dicho a mi hermano Tony y «El Araña».

—¡Oh!... ¡Miserables! Yo desvaneceré toda esa infamia.

—Créeme, Kelly, escóndete...

—No, al contrario, yo voy a ver a tu hermano.

Y salió en busca de Franck.

V. — ¡Yo maté!...

Anita salió a la calle y se sentó en la acera.

Un instante más tarde todos sus vecinitos la rodeaban.

—No estés tan triste, Anita—le consolaba Jacobo Levy.

—Es que a mi hermano le han dicho que quien ha matado a mi padre es Jorge Kelly y eso no es verdad.

—Mira, Anita—prosiguió Levy—, yo sé quien fué el asesino de tu padre; pero el mío me ha prohibido que lo diga.

Jacobo Levy contó que el día del suceso, momentos después de morir el señor Roney, un hombre y una mujer que hufan, se pararon junto a la ventana de su casa y su padre oyó que decían:

—Tony, arroja el revólver en este sumidero.

El señor Levy se había asomado y había visto a Tony arrojar un revólver en la cloaca.

—¿Vamos a delatarlo?—dijo Anita a los chiquillos.

—¡Vamos!—contestaron.

Y todos en comisión se dirigieron a la Comisaría del distrito.

Al volver de una esquina hallaron los chiquillos a Tony a quien reconocieron. Estaba discutiendo acaloradamente con Olga. Los chicos empezaron a vocear a grito pelado:

—¡Asesino!... ¡Asesino!

De buena gana hubiese matado Tony a uno de aquellos chicos. Pero, ¿quién se atrevía con tantos?

Fué tan grande el escándalo que los muchachos promovían tras de Tony, que los agentes de policía se acercaron para disolver el grupo. Mas los pequeños se acercaron a los guardias suplicando:

—Detengan ustedes a ese hombre que mató al guardia Roney.

Los guardias se llevaron a Tony a la Comisaría, a donde penetraron todos los chiquillos y Anita a su frente.

Cuando estuvieron ante el Comisario, Anita suplicó a Jacobo Levy:

—Anda, cuenta lo que sabes.

Levy obedeció, contando cuanto sabía y cuando terminaba su relato la puerta se abrió y penetró Franck Roney hasta la mesa donde se sentaba el Comisario. Estaba pálido, desencajado. Dejó sobre la mesa un revólver y dijo con voz entrecortada:

—Acabo de matar a Jorge Kelly. Que me hagan justicia.

Anita se abrazó a su hermano, llorando y gimiendo.

—Franck... El asesino es éste: Tony.

Al oír estas palabras, Franck como una fiera herida se arrojó sobre el cuello de aquel miserable y le hubiese ahogado si los guardias no se lo quitan a viva fuerza.

VI. — ¡Heroísmo del amor!

El cuerpo de Jorge Kelly fué depositado en la sala de operaciones... Todo es frialdad en el hospital: las marmóreas losas, las estucadas paredes, las blancas vestiduras de practicantes y enfermeras, y hasta la indiferencia con que veían los empleados el ingreso de un joven probablemente sin vida.

Minutos después llega al Hospital un repórter del *New-York Herald* que viene a informarse del crimen. El periodista halla en la puerta un grupo de muchachos que le han explicado detalles muy interesantes.

—¿De modo—inquiere el periodista mientras anota en un bloc—que tu hermano está detenido? Y el otro... ¿dices que se llama Tony?... Entrad, entrad conmigo.

Todos los chiquillos penetran con el periodista y mientras los está interrogando, pasa un médico, a quien pregunta:

—¿Cómo está el joven que acaba de ingresar?

—Perdido... Le hemos extraído la bala; pero ha perdido tanta sangre que tiene vida para pocas horas... Sólo se le salvaría con una transfusión de sangre; pero ¿dónde encontrar una persona que se preste a ella?...

Fuese el doctor y Anita pregunta al repórter:

—Oiga usted, ¿qué es eso de *procesión* que ha dicho el doctor?

—Transfusión... quiere decir que para salvar a ese joven, una persona debe dar su sangre.

—¿Y no se encontrará ninguna?

—No, hija mía, hay peligro de la vida.

Anita quedó pensativa... El periodista se iba... La niña se adelantó interrogando:

—¿No podría yo... dar mi sangre?

El repórter quedó asombrado... En aquel momento volvía el médico.

—¡Doctor!... ¡Doctor!—Se detuvo el cirujano—. Esta niña...

—Yo quiero dar mi sangre por Jorge...

—Necesitamos permiso de tus padres.

—Doctor, yo no tengo padres... Tengo un hermano; pero está en la cárcel... Es él quien disparó... Mi hermano daría su sangre por Jorge... Ya lo creo... Pero yo quiero a Jorge y mi sangre le salvará.

—Espera, hija mía.

Cuando salió el doctor, Anita se acercó a

una mesa con recado de escribir y tomando una hoja de papel se puso a hacer... su testamento.

Volvió el doctor con una enfermera y llamaron a la niña. Anita entregó la carta a Mickey, diciéndole:

—Tomad. Ya lo leeréis después. Y perdóname, Mickey, lo que te he hecho rabiar.

Vistieron a la niña con una bata blanca, la pusieron sobre una mesa de operaciones rodeante y la llevaron a donde reposaba el cadavérico cuerpo de Kelly.

Los niños, haciendo pucheritos, se agruparon alrededor de Mickey, que leyó con voz temblorosa:

«Cuando yo haya muerto quiero que entreguen a Jorge la corbata de punto que debía regalar a mi papá el día de mi cumpleaños. Está en el segundo cajón de la cómoda. A Jacobo Levy le dejo mis patines. A Mickey todas mis estampas. Tú, Mickey, di a mis amigos que hasta cuando nos apedreábamos, les he querido muchísimo...»

No pudo terminar la lectura; un sollozo le cortó la voz... Todos, llorando, volvieron a sus casas.

La enfermera aproximó la mesa-coche en que se hallaba tendida Anita a la mesa donde se hallaba el cuerpo casi inerte de Jorge... La niña vió todos aquellos instrumentos: tijeras, bisturís, pinzas, etc., y cerró los ojos... Apenas si sintió un pinchazo en el brazo; luego... nada.

Cuando Anita volvió a abrir los ojos estaba en un cuartito, descansando en una limpia y blanca cama. La niña preguntó al doctor que la pulsaba:

—Doctor, ¿cuándo moriré?

El médico se echó a reír y ella prosiguió:

—Claro; si yo he dado mi vida a Jorge, es natural que me quede sin ella.

—No, no; os restableceréis los dos.



...que vuelve a salir a escena con un caballo de carne
(pág. 17)

—Oiga, doctor—inquirió ingenuamente—
sta fusión...

—Transfusión.

—Eso es... ¿nos convierte en hermano
hermana?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque siendo hermanos no nos podríamos
casar, y yo quiero, cuando sea mayor, ser la
esposa de Jorge...

Entonces comprendió el doctor el generoso